VII- El muñeco de trapo / The ragdoll

La pequeña, ahora ya sintiéndose amiga especial del hombre de la túnica blanca, muda había escuchado su relato. Y, según el hombre le iba descubriendo las cosas, en su interior crecía más y más la curiosidad por lo que estaba viendo y él le narraba. En este momento no eran tres o cuatro las preguntas que en su mente se acumulaban esperando ser formuladas. Su corazón poco a poco se había llenado de curiosidades y sentimientos y por eso, mirando al que tenía cerca y al mismo tiempo dando unos pasos al frente, preguntó:
- ¿Puedo yo ahora sentarme en este sillón de princesa que fue de ella y esta noche lo veo vacío?

A esta pregunta de la niña el hombre no respondió al instante. La invitó para que siguiera caminando a la par de él, calle arriba y cuando ya llegaban a la altura de la iglesia de San Pedro, comentó:
- Lo que tú ahora mismo, en esta noche de luna clara estás viendo, no pertenece al mundo real. Nadie puede sentarse en este especial sillón de princesa frente a la Alhambra, porque no es material. Todo lo que por aquí ahora ves, pertenece al mundo de los sueños, del espíritu, de lo que existe en el universo que encontrarán las personas cuando termine su vida material en esta tierra.
Y de nuevo la pequeña preguntó:
- Pero ella aquí sentada cuando en aquellos días se sintió princesa ¿no fue real?
- Lo fue y lo sigue siendo pero ya te he dicho que de forma diferente a como lo piensan y ven las personas que en la realidad, por aquí pasan.

Nada más preguntó ahora la niña. En su mente no encontraba ella una explicación clara a lo que el hombre le decía. Por la calle, desde el Paseo de los Tristes dirección al puente Espinosa, se extendía una muy verde y densa alfombra vegetal regada por muchos pequeños canalillos de agua. La luz de la luna, incidía con fuerza sobre la superficie de estos chorrillos de agua de donde, a su vez, parecían brincar transparentes y coloridas notas de cristal.

Justo al llegar al comienzo de la calle Gloria, el hombre se paró. Miró fijo y dijo a la pequeña:
- Un día, venía yo por aquí con mi corazón triste, pensando en ella y buscándola con mis ojos. Subía despacio y no la vi ni en la calle Lavadero de Santa Inés ni sobre el muro del río ni por el Bañuelo ni en la calle Zafra. Y por esto mi corazón aun se puso más triste. Un poco antes de llegar a esta calle Gloria, oí los sonidos de la guitarra. Miré y ahí la encontré. Acurrucada en sí, arrancando con sus dedos delicadas notas a las cuerdas de su guitarra y mirando pensativa a los turistas que pasaban. Al descubrirla mi corazón se llenó de gozo. Algo tenía ella que daba la vida y conseguía que las cosas brillaran con luz propia con solo su presencia. De aquí que para mí fuera tan importante. Al verme, sonrió, me acerqué, la saludé y al instante me dijo:
- Tengo algo especial para ti.
Le pregunté:
- ¿Son los dibujos para ilustrar el pequeño cuento que te di?
- Puede ser eso pero quiero darte una sorpresa. ¿Tienes tiempo esta tarde?

Enseguida intuí que deseaba dar un paseo para charlar o respirar algo nuevo. Le dije:
- Yo voy dando mi paseo de todos los días y el tiempo que ocupo en ello se puede llenar de mil cosas. ¿Te apetece caminar un rato?
- Es lo que más necesito esta tarde. Ya ves que está nublado, hace frío, los turistas ni siquiera me prestan atención y menos me dan unas monedas. Si me regalas unas horas paseando algunos de los bonitos rincones que conoces por este río Darro y cerca de la Alhambra, seré feliz y te lo agradeceré durante mucho tiempo.
- Vamos a realizar ahora mismo este paseo.

Al instante dejó de tocar su guitarra, la guardó en la funda, se abrigó un poco con la ancha bufanda que sujetaba e su cuello y se dispuso para caminar. Antes, advertí que en uno de los bolsillos del chaquetón rojo y blanco, guardaba algo. Co mucho interés pero como ocultándolo para que no lo viera. Me pregunté: “¿Qué será? He querido intuir que prepara una sorpresa y, a lo mejor este gesto, tiene algo que ver con ello”. No le pregunte y sí hice lo posible para que no descubriera que me había dando cuenta.

Despacio caminamos calle arriba procurando que hablara o preguntara lo que tuviera necesidad o le apeteciera. Me dijo algo de sus estudios, de los compañeros con los que compartía piso y de la necesidad que tenía de volver a su país, Rusia, casa y familia.
- Es que mi hermana menor que yo, está viviendo algo extraño y la familia estamos preocupados. Quería preguntarte para saber tu opinión.
- Pues pregunta y, por mi parte, estaré encantado de opinar sobre ello pero tú bien sabes que las personas, todos en esta vida, vemos y soñamos realidades únicas. No es bueno pretender que los otros hagan y vean la realidad según me guste o parezca.

Creo que captó lo que con esta reflexión pretendía descubrirle. Pero habló. Durante mucho rato y mientras cruzábamos la plaza del Paseo de los Tristes, el Puente del Aljibillo, la pequeña cuesta ya en el Camino del Avellano y todo el recorrido de esta ruta hasta la misma fuente. Habló y me contó muchas cosas de su familia y hermana. Interesantes historias humanas semejantes a muchas otras en tantas personas pero únicas para ella. Con gran respeto y ternura escuché cada palabra que pronunciaba y la emoción en mi corazón creció y creció motivada por el mundo y realidad tan humana que describía.

Solo en dos o tres momentos le ofrecí pequeñas reflexiones porque me sentía como incapaz o no autorizado para transmitirle a ella lo que debía o no hacer. Para mí sí pensé: "Es bueno que las personas en la vida descubran la realidad por sí mismas. Es necesario que las personas en la vida sientan que tienen el apoyo de los que les rodean. Es bueno que las personas tengan libertad para hablar y transmitir a los demás su mundo interior. Pero por encima de todo esto, creo que todavía es mejor respetar el mundo de cada persona y dejar que descubra y se realice según las inquietudes de su corazón. No es bueno pretender ni pedir a las personas que sean y hagan según mi visión personal y menos pedirle que actúen de acuerdo a mis experiencias o caprichos".

Pensé y medité todo esto y aun más sin que de mi boca salieran palabras. Me daba por satisfecho solo acompañarla, recorrer a su lado estos rincones tan simbólicos, cargados de naturaleza y leyendas en Granada. Y más aun me dejaba contento, sentirla libre y casi por completo feliz respirando el aire fresco de la tarde, cargado por completo de aromas y poesía. Sabía que su corazón gustaba mucho de este alimento. Y también intuía que su espíritu era sensible a lo poético y bello. Por eso me iba limitando solo a darle compañía, dejar que hablara todo lo que tuviera necesidad y mostrarle lo que íbamos viendo: los pequeños detalles de las plantas, zarzas, almeces, moreras, avellanos, vides silvestres, cornicabras y lentiscos. Sabía que a ella le gustaba esto.

De vez en cuando se paraba para leer los breves poemas que en grandes piedras pulidas, el Ayuntamiento de Granada había colocado por ahí años atrás. Me preguntaba y, en lo que podía, aclaraba sus interrogantes. Y al llegar a la famosa fuente del Avellano, nos paramos. Miró fija al antiguo pilarillo que aún pervive por ahí y luego miró para la ladera. Noté que algo especial y con aroma de bello, ocurría en su corazón y por eso me mantuve en silencio. Por mi mente, en estos momentos, cruzaron imágenes con las mil historias de los tiempos pasados ocurridas en estos rincones y por eso me sentí tentado a contárselas.

Lo de las tertulias literarias en los tiempos de un conocido escritor de Granada. Juntas con un poeta muy nombrado y otros personajes. También estuve a punto de contarle lo de los aguadores con sus burros y llenando de agua sus cántaros de barro para luego vender esta agua por las calles de la ciudad. Lo del joven con su rebaño d cabras, lo del hombre bueno de la casa con jardín y el trato tan noble que al muchacho todo el mundo dispensaba. Historia ésta realmente hermosa que deseaba contar a ella por lo verdaderamente poética y humana que es. Mi corazón ardía en deseo de contársela porque intuía que le iba a gustar mucho por la sinceridad que en su corazón albergaba. Y especialmente deseé hablarle de la calidad, frescura y transparencia del agua que en tiempos pasados manaba en esta fuente.

Hoy, esta original tarde ya casi al final del invierno, la histórica fuente, solo regalaba intermitentes gotas de agua. Como si las contara porque fueran muy valiosas o como si el tiempo la tuviera ya acorralada en su momento último. Mojó ella sus manos en estas cuatro gotas de agua y con sus dedos, humedeció sus labios. Miró de nuevo para la ladera, por donde crecen muchas cornicabras, algunos almeces y retamas y siguió con sus miradas a las bandada de palomas torcaces justo ahora por aquí cruzaban el cielo. Me preguntó:
- ¿Recorrerían estos territorios las princesas que en aquellos tiempos vivían en la Alhambra?
Le dije:
- Seguro que no.
- ¿Y por qué no?
- Sabes tú que las princesas de aquellos tiempos y menos las que vivían en la Alhambra, ni mucho menos eran como las de hoy en día. No tenían ellas libertad ninguna ni tampoco las dejaban que fueran a su aire por los lugares de estas montañas. No conocían mundo ni viajaban ni eran libres ni podían escoger aquello que les gustara. Bien sabes tú que esto era así.

Nada más comentó. Sí pasado un buen rato, reflexionó en voz alta:
- Granada, estos territorios que rodean a la Alhambra, este río Darro, el aire y aromas que por aquí se capta, son mundo inmensos que sugieren infinitos profundos de cielos sobrecogedores y bellos. Vivir en estos lugares, recorrer estos caminos, soñar y morir aquí, es una suerte grande. Y digo todo esto porque así es como lo siento.
No comenté nada a esta delicada reflexión suya. Se acercó, en este momento, un joven mal vestido pelos largos, sucio, con barbas y un par de perros y bebió agua en la otra fuente. La que de obras, cemento y hierro, colocó justo aquí el Ayuntamiento de la ciudad. Saludó y luego se fue directo a Granada.

Me preguntó

- ¿Lo conoces?
- De nada pero algunas tardes, cuando a la sombra del almez estoy sentado en el puente del Aljibillo, al pasar, siempre saluda. Sé que su perro, éste color chocolate que le acompaña, se llama Cactus. Lo tenía una joven del norte de España que un día conocí en Plaza Nueva. Vendía cosas de segunda mano y me dijo que solo iba a estar unos días por aquí. La vi varias veces y a su perro. Siempre me saludaba. Nos hicimos amigos. Hasta que un día, sentado yo en la sombra del almez del puente que te he dicho, pasó ella, acompañada de este joven y su perro. Me saludó, le regalé un bolígrafo hecho por mí con caña de bambú y ya no volví al verla más. A este joven y a su perro Cactus, como te he dicho, sí lo veo con frecuencia. Ella creo que se ha ido para siempre de Granada.

Miró al joven mientras se alejaba jugando con el perro y luego otra vez me preguntó:
- ¿Y sabes dónde vive este muchacho?
- Continuemos como el paseo que estamos dando y te lo enseño.
Desde la misma fuente del Avellano, el camino que sigue, ya no es cómodo andarlo. Arranca desde aquí una estrecha senda que, por entre álamos, zarzas, higueras, hiedras y parras, avanza paralelo al cauce del río. En seguida, a la derecha, aparecen las primeras cuevas. Bajo el vertical corte del terreno, varias de estas cuevas fueron excavadas en tiempos muy lejanos. Otras, mucho después pero, todas, todas, esta tarde las encontramos ocupadas. Por jóvenes casi todos extranjeros, acompañados de perros, gatos, muebles viejos y rotos y toda clase de ropa también vieja y sucia.

Le indique la cueva donde, durante varios años estuvo viviendo la joven de San Petersburgo. Se fue de este sitio de la noche a la mañana y esta tarde ocupa su cueva otros jóvenes. Me preguntaba ella una y otra vez hasta que en un momento me confesó:
- A mí me gustaría vivir, aunque fuera un tiempo corto, en cuevas.
Nada contesté a esta reflexión suya. Seguimos recorriendo todo este rincón, por donde más arriba y aún lado y otro, iban apareciendo más cuevas, ropas y enseres esparcidos por la entrada de estas cuevas. Preguntó y observó y cuando ya caía la tarde, volvimos por el camino de la fuente del Avellano. Me dijo:
- Lo de esta tarde ha sido para mí una experiencia realmente interesante. Si no me hubieras traído por aquí, nunca hubiera visitado esto. Te lo agradezco.
Nada contesté. En ese momento sentí como si yo hubiera sido el más beneficiado de este paseo. De alguna manera especial, su alma se había abierto mostrando las inquietudes, sueños, deseos de libertad y amor por la luz, los colores y naturaleza. Descubrí esto sin que ella lo notara mí tampoco pretendiera mostrárselo.

Llegamos al puente del Aljibillo cuando ya el sol estaba muy caído. Fui a despedirla con un abrazo y, en ese momento, metió la mano en el bolsillo de su chaquetón rojo y blanco, sacó algo y me lo dio. Fue para mí sorpresa y por eso miré con mucho interés. Era un pequeño muñeco hecho de trapo, con dos trenzas color oro y un corazón color rojo en el centro.
- Es un detalle para ti.
Simplemente me dijo. A un lado del corazón rojo, había escrito su nombre y al otro lado, el mío.